

Deconstruyendo a Ortega

Manuel Garrido

Una manera no peor que otras de describir la *Historia de los heterodoxos* de Menéndez Pelayo es decir que nos cuenta lo que ha sido el pensamiento políticamente incorrecto en España. Recíprocamente, la obra de Gregorio Morán *El maestro en el erial. Ortega y Gasset y la cultura del franquismo*, editada por Tusquets a principios de 1998 y no bien acogida, por políticamente incorrecta, en el ámbito del orteguismo, bien merece el apelativo de “heterodoxa”.

Los innumerables libros y artículos publicados sobre Ortega suelen ser encasillables en dos esferas que se mantienen, cada una a su estilo, dentro de ciertos cánones: unos son escritos pocas veces críticos y muchas encomiásticos, cuando no hagiográficos, de signo alternativamente ilustrado (exilio político o cultural), falangista-franquista o socialfelipista; otros, por el contrario, manifiestan un talante por lo general adverso, cuyo espectro se mueve entre la tolerancia y el anatema y cuya fuente de inspiración es la doctrina tradicional de la Iglesia católica. Dentro de estos ámbitos puede uno encontrar monografías excelentes, como las de Rodríguez Huéscar, Julián Marías, Morón Arroyo, Silver o Araya. Pero en ellos fue ya en su tiempo nota disonante un libro como el de Nelson Orringer *Las fuentes germánicas de Ortega* (1979), que contribuyó a disolver en buena medida el estúpido mito de la ciencia infusa del pensador. Otro ejemplar de análoga ralea es la mencionada obra de Morán, cuyo propósito es investigar, desde el punto de vista del análisis político-cultural, el hasta ahora inexplorado período de la vida de Ortega comprendido entre el año en que éste retorna a la España de Franco (1945) y el de su muerte (1955), tratando de reconstruir al mismo tiempo en un cuadro digno del Bosco el ambiente cultural de aquel período. La óptica desde la cual se asoma Morán a columbrar ese árido paisaje es la de una izquierda radical que estaba mejor vista en España antes de la transición, lo cual aumenta ahora, si cabe, el carácter intempestivo de esta obra suya, de lectura imprescindible. En las páginas que siguen ordenaré mis comentarios en dos apartados, refiriéndolos, respectivamente, a lo que dice Morán de Ortega en ese período de su vida y a lo que dice de su coetáneo entorno.

RETRATO DEL MAESTRO EN SU VEJEZ

“Yo soy yo y mi circunstancia, y si no la salvo a ella no me salvo yo”, había escrito el joven Ortega en 1914. Dos décadas después, cumplidos los cincuenta, podía jactarse con toda razón de haber culminado triunfalmente esa tarea, mientras prometía dedicarse en el futuro a elevar el nivel filosófico de sus publicaciones. Entre otras cosas parecía, dicho en términos más vulgares y prosaicos, tener garantizado en exclusiva el monopolio del mercado filosófico español. Desde su alejamiento de la Segunda República, sin embargo, la fortuna empezó a dejar de sonreírle. Tras la pérdida de su preciada plataforma en *El Sol* y sobre todo tras su autoexilio en el 36, por el que abandona cuanto tenía en España, vivirá un primer calvario de nueve años en que a la amarga decepción de verse rechazado, como el rey Lear, por personas y lugares del extranjero que le debían favores hay que sumar la precariedad económica, con abrumadora sobrecarga de familiares y allegados huidos de España que se le fueron uniendo (“ya son diecisiete personas a bordo. Excuso decirte”, escribe en 1937 a un amigo, “los problemas pavorosos que esto me plantea”). Una crisis de salud le pone en un quirófano de París a las puertas de la muerte.

La investigación de Morán tiene como punto de partida el año 1945. Un Ortega ya sexagenario, pero repuesto e ilusionado, parece dispuesto a salvar por segunda vez la circunstancia española regresando a la España de Franco, presumiblemente con el equivocado cálculo de que, tras la victoria de los aliados, los días del dictador estaban contados. *El maestro en el erial* desvela y juzga implacablemente mes tras mes y a veces hora a hora el segundo calvario que significaron los diez últimos años de su vida para Ortega, brutalmente manipulado por el régimen en su primera aparición pública en el Ateneo en 1946 y luego condenado al feroz ostracismo de un exilio interior apenas aliviado por las temporadas de refugio en Lisboa, aunque sí algo más por el tardío reconocimiento internacional.

Personalmente opino que todos los lectores interesados por la vida y el pensamiento de Ortega tienen contraída con el autor de este libro una deuda de gratitud, pues él nos ayuda mucho más que muchos otros a ver mejor uno de los varios trajes que muestran desnudo al emperador. Dicho esto, paso a enumerar algunas de mis discrepancias con el retrato del maestro que hace Morán:

Primero. Miguel Ortega afirma sin prueba alguna al escribir la biografía de su padre que éste, a su regreso a España, no cobró por su cátedra un céntimo del Estado español. Morán afirma, después de haber compulsado los oportunos expedientes ministeriales, que Ortega cobró íntegramente sus haberes de catedrático, con las subsiguientes mejoras por antigüedad, y después la jubilación hasta el día de su muerte. El segundo de ambos testimonios merece, obviamente, más crédito que el primero. Pero el juicio que extrae

después Morán sobre este asunto me parece demasiado duro. Está muy mal que todo esto se haya ocultado hasta ahora, dándose así falazmente lugar a que se imagine en el filósofo un heroísmo que no existió; y es obvio que hubiera sido mejor y más digno por parte de Ortega no percibir los haberes de una cátedra cuyas clases el sacerdote Zaragüeta le tenía usurpadas. Pero el sueldo era suyo y en sus penosas condiciones un honesto padre de familia difícilmente podía permitirse el lujo de renunciar a él.

Segundo. El marcado giro de Ortega a la derecha es también juzgado por Morán, en mi opinión, demasiado negativamente. Ortega era un conservador nato y además es cierto que, aun dando por supuesto que él no simpatizara con el fascismo, el fascismo simpatizó con él y apeló a su magisterio. En los confusos años veinte, hostigados por los espectros del comunismo triunfante en Rusia y del emergente fascismo italiano, anterior a la pesadilla de Hitler, era raro el intelectual burgués de la edad de Ortega que no flirtease con alguna de ambas tentaciones, y para cualquier conservador era más fácil sucumbir a la segunda que a la primera. Ortega no era Bertrand Russell y es sin duda censurable desde el punto de vista de Morán pero no incoherente con el suyo que, a pesar de padecer personalmente las brutalidades del totalitarismo falangista-integrista, sintonizase con la ola conservadora en el Occidente de postguerra que daría lugar a la caza de brujas, Russell incluido, de aquellos años en EEUU. Los agudos y reveladores análisis que hace Morán de lo que escribió Ortega por entonces no conducen necesariamente, en mi opinión, al severísimo juicio que él le aplica de inmediato.

Tercero. El encuentro de Ortega con Heidegger en Darmstadt tuvo su innegable importancia, pero me parece que fue más simple coincidencia que el anunciado y solemne torneo del que quiere Morán hacer crónica.

Cuarto. Después de haber intercambiado ideas sobre el libro de Morán con el director de esta revista, Luis Valdés, coincido con él en que la impresión final que le queda a uno al finalizar su lectura es un sentimiento de comprensión y hasta de admiración por la figura de Ortega, que no era desde luego ningún ingenuo, aunque se equivocó de medio a medio al regresar a España. Su obstinada resistencia a colaborar después de haber sido manipulado en su conferencia de 1946 en el Ateneo y los acertadísimos juicios que da sobre el entorno político de su exilio interior, incluido el “Caso Z” [Zubiri], a discípulos como Marías y a otros amigos y familiares, revelan, por detrás de las profundas depresiones, a un formidable luchador, un experto y maquiavélico conocedor, no exento de crueldad, de los asuntos de la vida y también un hombre insobornable en cuestiones de principio concernientes a la integridad última de su programa vital y de su obra.

La reconstrucción que nos brinda Morán de la circunstancia que acompañó al maestro en su última década (1945-1955) recuerda momentos y saca a luz datos de correspondencia cuyo rescate resulta vitriólico para figuras de entonces que aún continúan siéndolo y para la imagen que de ellas tienen hoy varias generaciones posteriores que, por razones de edad, no pudieron vivir aquellos años. Quizá hubiera debido el autor añadir al exhaustivo inventario de miserables compromisos por parte de muchos de los entonces adictos al régimen alguna mención de grupos y personas que, sin practicar semejante adicción, guardaron, en contra de sus ideales, inactividad y silencio. Pero eso no disminuye la verdad de lo que reconstruye, juzga y denuncia Morán en su libro, que es literalmente una mina de información para jóvenes y viejos. En este apartado mis discrepancias con lo que él dice afectan a la valoración de algunos grupos y personas. Con la esperanza de clarificar o matizar sus enfoques, me permito aventurar un par de observaciones, o por ser más preciso, una sugerencia crítica y una reflexión testimonial.

Morán tiene mucha razón al calificar de “magma” el nacionalcatolicismo, que fue la plataforma ideológica del régimen de Franco. Y la disección que hace de ese magma es en mi opinión, desde el punto de vista sincrónico, bastante acertada. Pero, a pesar de que sigue un orden de exposición rigurosamente cronológico al reconstruir el ambiente cultural de la época, me da a veces la impresión de que su bistrú diacrónico ahonda menos que el sincrónico en lo que respecta a la pintura del erial en la primera mitad de la década por él historiada.

Para mi perspectiva es esencial el hecho de que, desde el punto de vista de la política del régimen franquista, son evidentemente decisivos en esa década el año 1945, en que la victoria aliada implica fatalmente el aislamiento de España si Franco no abandona el poder, y el año 1953, en que la firma del Concordato con la Santa Sede y el acuerdo con Norteamérica coronan los desesperados esfuerzos estratégicos del dictador por asegurarse un soporte internacional permanente que sirviese de contrapeso el ostracismo al que lo condenaron los países europeos. Es verosímil que en la mente de Franco contase como condición importante para llegar a un cierto entendimiento con Norteamérica —que, a diferencia de Europa, podía permitirse el lujo de sostener indefinidamente otro Chiang Kai-shek en Occidente— la eventualidad de disponer de un plantel de políticos que no portasen camisa azul sino blanca, pero que fuesen para él más de fiar que ese sucedáneo español de la democracia cristiana y de su *non grato* accidentalismo político que representaban desde los primeros años del régimen los propagandistas católicos de Ángel Herrera. Si en ese momento no hubiese existido el Opus Dei, puede que Franco hubiera tenido que inventarlo.

Hacia mediados del libro Morán empieza a dar cuenta del famoso debate entre Laín Entralgo y Calvo Serer acerca de si España era o no problema, debate que inició el tránsito a los cincuenta y que vino a ser, como apunta el autor, aldeana caricatura de la formidable polémica sobre el ser de España que sostendrían en el exilio Américo Castro y Sánchez Albornoz. A este respecto podemos leer en la página 246 de ese libro: “en España, bajo el régimen, no había precedente de un debate político. Los hombres del Opus Dei y sus aledaños tradicionalistas declaraban batalla en campo abierto a los falangistas; hasta entonces había sido guerra de guerrillas, burocrática y nepotista”. Y a continuación podemos seguir leyendo: “Lo que se disputaba no era una nadería: ocupar el lugar hegemónico de la ideología del Estado”.

Todo esto es sustancialmente verdad. Como también es verdad lo apunta por Morán al comentar que en el mencionado y crítico año 1953, desdichadamente coincidente con el de jubilación del filósofo, que cumplió en él los setenta, “las dos corrientes confrontadas del nacionalcatolicismo le tomaran como estandarte. Para unos, los falangistas, había llegado el momento de convertir a Ortega o al menos acercarle al catolicismo. Para los otros, los integristas, ningún regalo mejor en el setenta cumpleaños del ateo que lograr que su obra fuera puesta en el Índice de Libros Prohibidos de la Iglesia” [p. 462]. Con todo yo diría que el debate Laín Entralgo-Calvo Serer y los episodios subsiguientes dejaron al cabo al español medio bastante más perplejo de lo que parece estar Morán al relatarlo y hasta con la grave sospecha de que el árbitro de aquel singular combate le daba secretamente licencia a uno de los púgiles para atiborrar sus guantes de plomo. ¿Cómo un hombre de treinta y tres años, ignorante e inculto como él solo, cual era Calvo Serer, pudo abatir como si fuese de mantequilla, con un par de libros bastante menos que mediocres y con un equipo de hombres aún más ignorantes que él, como eran, entre otros, Florentino Pérez Embid o Jesús Arellano, el oficialista y considerablemente más refinado imperio cultural que habían construido Laín y sus compañeros falangistas? Morán no se pregunta en su libro, y es cosa que yo no sé decir, si estos falangistas orteguianos que perdieron el poder y se liberalizaron a lo largo de los años cincuenta perdieron el poder porque se liberalizaban o se liberalizaron y se fueron abriendo a la izquierda porque estaban perdiendo el poder. Pero sin el recurso al *deus ex machina* del poder efectivo de la Iglesia católica —que lograría dejar definitivamente fuera de juego al viejo maestro— y de la providencia política del dictador resulta difícil explicarse el inverosímil desenlace de ese esperpéntico *match*. (Como sigue siendo, por otra parte, no menos esperpéntica la circunstancia, presumiblemente fruto de otra divina maquinación, de que muy pocos años después del período historiado por Morán, el mismísimo Calvo Serer, el campeón integrista que había noqueado en nombre de la ultraderecha al peligrosamente liberalizante grupo de

Láin, lo desbordaría acto seguido por la izquierda, primero como director del diario *Madrid* y luego en sus andanzas con Santiago Carrillo.)

Mi impresión en todo caso es, repito, que la crónica del erial correspondiente a los años 1949-1955 está realizada con mejor dominio del material por parte del autor que la correspondiente a los cuatro años anteriores, y por mi parte me inclino a pensar que puede que en lo que Morán describe como lo que “hasta entonces había sido guerra de guerrillas, burocrática y nepotista” hubiera algo más de verdad y menos de mentira, en el sentido tanto literal como literario de ambas palabras, que en la épica confrontación Láin/Calvo. Imagino que a una persona que se haya educado en las décadas sesenta o setenta y se ponga a investigar nuestro inmediato pasado le resultará bastante más fácil reconstruir y entender lo acontecido en los años cincuenta, que no alucinar mientras bucee en el dantesco infierno de los cuarenta. Y recíprocamente, todo el que haya vivido ambas décadas y les lance ahora una mirada retrospectiva estará de acuerdo en aceptar que el espíritu de cada una es inconfundiblemente distinto, como inconfundiblemente distinto es por ejemplo, si se me permite la comparación, el cine negro de los cuarenta de los acaramelados *westerns* y musicales, algunos de ellos sin duda excelentes pero todos más hipócritamente idealistas, de los años cincuenta. Los cuarenta fueron años de guerra en Europa y de inmediata posguerra en España, años de violencia y represalias, de miseria y de ignorancia. Pero fueron los años, y con esto no estoy diciendo nada que no esté consignado en su libro por Morán, en que el combatiente y censor franquista Cela publicó *La familia de Pascual Duarte* (1942) y *Viaje a la Alcarria* (1948) y escribió *La colmena*. Fueron los años en que Carmen Laforet publicó *Nada* (1945) y Buero Vallejo *Historia de una escalera* (1948). Fueron los años en que Zubiri publicó *Naturaleza, Historia, Dios* (1944), Tovar su *Sócrates* (1948) y tanto Ortega, manipulado por los falangistas pero aún no estrangulado por los integristas, como d’Ors, ambos todavía en plena forma, publicaron de hecho excelentes obras y pronunciaron excelentes conferencias en España.

Como apoyo de esta sugerencia crítica mía —que en el libro de Morán su pintura del erial (no la del maestro, que es excelente) durante la primera mitad de la década historiada por él tiene trazos menos seguros y desdibuja más algunos personajes que su pintura de la segunda—, he aquí un botón de muestra: al hablar de Enrique Gómez Arbolea, un falangista orteguiano/zubiriano que murió pegándose un tiro en la cabeza en 1959, Morán, que hace constar ambos datos, lo incluye ocasionalmente, junto a García Morente y Leopoldo Palacios, en una selección de tres conversos al catolicismo, donde lo describe [pp. 127-8] como “amigo y paisano de Federico García Lorca [...] hasta llegar a ser un dotado especialista en el padre Suárez [...]. El resto fue [...] desesperada lucha por la supervivencia intelectual hasta que se pegó un tiro [...] cuando ocupaba un lugar preeminente de pionero en la recién nacida sociología

española de posguerra”. Y tras añadir, dos párrafos más abajo: “Su conversión al catolicismo y al falangismo, al unísono, harán de él, según su amigo y también converso entonces Miguel Cruz Hernández, “uno de los cuatro grandes del pensamiento falangista: Conde, Gómez Arboleya, Laín y Tovar”, Morán consigna finalmente la incorporación de Arboleya desde 1947 al círculo de amigos de Zubiri.

Pero esta descripción distorsiona seriamente la figura de la persona así descrita. Nacido en 1910, perteneciente a la FUE como tantos jóvenes de clase media de su generación, discípulo de Fernando de los Ríos y de un filósofo liberal granadino, el joven profesor auxiliar de Derecho en Granada que fue Arboleya antes de la guerra civil sufrió con ésta la natural depuración política, y si el profesorado universitario le volvió a abrir sus puertas, lo debió a las recomendaciones de un periódico falangista en el que obtuvo un puesto y en cuyas colaboraciones hubo de volcarse. Este dato permite caracterizarlo, aunque con cierta exageración, de “converso” falangista, pero no de converso religioso. Morán cita como fuente un Homenaje a Arboleya en el que el discípulo y amigo de este último Miguel Cruz se autodefine como doblemente converso a la Iglesia y a la Falange sin hablar para nada, que yo sepa, ni él ni ninguno de los autores que he leído en ese Homenaje, de ninguna conversión religiosa de Arboleya, cuyo perfil intelectual era el de un laico orteguiano que había elegido para sobrevivir el color de la Falange. Catedrático luego de Filosofía del derecho, apasionado por la filosofía pura, conocía muy bien a Dilthey y a Heidegger. Su libro sobre Suárez (1946), en cuya preparación invirtió cinco años, es espléndido, pero no suficiente para caracterizar a su autor como escolástico. Pasado el año 1948, centenario de Suárez para cuya ocasión pudiera haberlo proyectado, Arboleya estaba ya en 1949 en Madrid volcado en la preparación de la cátedra de sociología, que obtuvo en 1954. De esta última dimensión suya hablan con admiración los sociólogos Salvador Giner y Juan J. Linz, quien parece insinuar que la patológica obsesión por dominar, quemando desesperadamente etapas, no sólo los principios teóricos, sino las técnicas de la sociología empírica y de la sociología matemática pudiera explicar en parte el depresivo suicidio de este rarísimo ejemplar de la generación del 36 a quien no se le paró el reloj de la curiosidad científica y a quien no es históricamente justo ni correcto caracterizarlo exclusiva ni principalmente como converso religioso que se encuentra con la Iglesia ni tampoco como especialista en escolástica.

Mi último comentario, con el que pongo fin a la presente recensión, tiene un cariz más bien testimonial. La mayoría de las personas con las que he discutido el libro de Morán me han manifestado su desagrado, diciendo que se sienten molestas, por no decir dolidas, ante la negativa imagen que transmite de Laín Entralgo y de Julián Marías y la dureza con que estos importantes escritores son juzgados por el autor. En este punto estoy completamente

de acuerdo con la visión de Morán y me parece que uno de los principales méritos del libro, después del heterodoxo retrato del maestro, es su verídica y valiente pintura de estos dos renombrados discípulos de Ortega. Por otra parte es innegable que en muchas de las ocasiones en que trata el libro de estos personajes, sobre todo en el último tercio del mismo, no es Morán el que opina, sino el propio Ortega, cuyos acerados, penetrantes y despiadados juicios prácticos dejan boquiabierto al lector.

Por los años en que Ortega volvió del exilio, yo era estudiante de la Facultad de Filosofía de la Central, el más sólido bastión entonces de la escolástica en España. Aunque los escolásticos no le profesaban tanta admiración a Zubiri (ya retirado voluntariamente de la universidad) como los intelectuales falangistas, muchos de mis compañeros se preguntaban, como yo mismo, por qué la mayoría de nuestros profesores, que no desaprovechaban la menor ocasión para denigrar a Ortega, emitían juicios tan benevolentes, por no decir laudatorios, al referirse al autor de *Naturaleza, Historia, Dios*. Esta conducta de los escolásticos puede ser suficientemente explicada, sin duda, apelando al aire de familia. Pero corrobora también la validez de los argumentos con que explica Morán en su libro el “giro zubiriano” de los orteguianos falangistas, con Laín al frente, y del católico Marías. Ante el recalcitrante laicismo de Ortega y su resistencia a dejarse manipular por el régimen y ante el peligrosamente ascendente imperativo del nacionalcatolicismo, el pensamiento de Zubiri, de cuya catolicidad y religiosidad nadie podía dudar, constituía, evidentemente, un paraguas filosófico más seguro contra cualquier eventual aguacero que el pensamiento de Ortega. Al mentar a Zubiri en adelante, ni a Laín, ni a Aranguren, ni a Arboleya, ni a Cruz Hernández se les caerá de la boca la palabra “mi maestro”, sin ponerle medidas al énfasis. Por ejemplo: si Zubiri escribió, a propósito de Ortega, en la introducción a la *Historia de la filosofía* de Marías que a su magisterio “debo yo también mucho de lo menos malo de mi labor”, Laín dirigirá no mucho después en uno de sus libros al propio Zubiri, mimética pero más enfáticamente, estas aladas palabras: “Xavier, monte todo orégano, venero indeficiente y benéfico [...] sobre lo menos malo de este libro se proyecta la huella de tu magisterio y tu amistad” (citado por Morán), mientras escribe del maestro de maestros: “se empeña Ortega en no entender el cristianismo ni la vida religiosa, y de ahí procede todo”.

Apartado 118
E-28660, Boadilla del Monte
Madrid (España)